

PERO HABIENDO LLEGADO EL ATARDECER... FUE LA VIDA

(Transcripción de la charla de A. Anoz en la Unidad Pastoral Santa María de Olárizu el 26 de marzo de 2019 sobre la cita de Mateo 27, 57-61)

La reflexión que traemos a esta tarde la tomamos del relato de la sepultura de Jesús en el Evangelio de Mateo.

Es un texto sorprendente. Conocemos, o nos suenan mucho más, esas escenas del Jesús flagelado, del Jesús en la cruz, el velo del templo que se rasga de arriba abajo. Nos suena lo que viene después: las mujeres que entran al sepulcro, o las apariciones del resucitado... pero este texto suele pasar muy desapercibido. Y me parece que para el momento cristiano que vivimos hoy en día, puede resultar muy sugerente, en sentido de que nos puede animar, nos puede abrir los ojos a la propuesta del Evangelio. Y, contiene ciertos elementos que se nos pasan desapercibidos en la vida cotidiana, pero que tienen su importancia, tienen su miga. A ver si salís de aquí diciendo: la verdad es que no conocía este texto con tanta profundidad, y el domingo de Pascua – aunque este año no leamos este texto porque tendremos el libro de Lucas – nos sirva para entrar en la Palabra sorprendente, y que nos habla no sólo del momento eclesial que estamos viviendo, sino también del momento personal que vivimos cada uno. Leemos el relato:

Pero, habiendo llegado el atardecer, vino un hombre rico de Arimatea de nombre José, el cual, también él, se había hecho discípulo de Jesús. Éste, habiéndose acercado a Pilato, pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato ordenó [que le] fuera devuelto. Y, tomando el cuerpo, José lo envolvió en una sábana limpia, y lo colocó en un sepulcro nuevo, el cual había excavado en la roca y, habiendo rodado una gran piedra en la puerta del **sepulcro**, se fue. Pero estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas en frente de la **tumba**.

Hasta aquí el texto presentado por A. Anoz.

Al día siguiente, es decir, el sábado, los jefes de los sacerdotes y los fariseos fueron juntos a ver a Pilato y le dijeron: –Señor, recordamos que aquel embustero, cuando vivía, dijo que al cabo de tres días iba a resucitar. Por eso, manda asegurar la **tumba** hasta el tercer día, no sea que vengan de noche sus discípulos, roben el cuerpo y después digan a la gente que ha resucitado. En este caso, la última mentira sería peor que la primera. Pilato les dijo: –Ahí tenéis soldados de guardia. Id y asegurad **la tumba** lo mejor que podáis. Fueron, pues, y aseguraron la **tumba** poniendo un sello sobre la piedra que lo cerraba. Y dejaron allí a los soldados de guardia. Pasado el sábado, al amanecer el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver la **tumba**. De pronto hubo un fuerte temblor de tierra, porque un ángel del Señor bajó del cielo y, acercándose al sepulcro, quitó la piedra que lo cerraba y se sentó sobre ella. El ángel brillaba como un relámpago y su ropa era blanca como

la nieve. Al verle, los soldados temblaron de miedo y se quedaron como muertos. El ángel dijo a las mujeres: –No os asustéis. Sé que estáis buscando a Jesús, el crucificado, pero no está aquí; ha resucitado, como dijo. Venid a ver el lugar donde lo pusieron. Id aprisa y decid a sus discípulos: ‘Ha resucitado y va a ir a Galilea antes que vosotros. Allí le veréis.’ Esto es lo que yo tenía que deciros. Las mujeres se alejaron a toda prisa del **sepulcro**, asustadas pero, a la vez, con mucha alegría, y corrieron a llevar la noticia a los discípulos. En esto, Jesús se presentó ante ellas y las saludó. Ellas, acercándose a Jesús, le abrazaron los pies y le adoraron. Él les dijo: –No tengáis miedo. Id a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea, y que allí me verán. Así pues, los once discípulos fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. 17 Y al ver a Jesús, le adoraron, aunque algunos dudaban. Jesús se acercó a ellos y les dijo: –Dios me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced mis discípulos a todos los habitantes del mundo; bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y enseñadles a cumplir todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

Mateo ha transformado mucho el texto. Cuando Mateo redacta su evangelio, entre otros materiales, tiene el evangelio de Marcos. Lo mismo que yo tengo este libro, él tenía en su pupitre el evangelio de Marcos. Él lee el texto de la sepultura y le parece que ese texto puede ser aprovechado para un momento muy particular que está viviendo su comunidad cristiana. La comunidad de Mateo era una comunidad judaizante; un poco más urbana que la comunidad de Marcos y no tan griega como Lucas. Eso sí, es una comunidad que vive un momento de persecución, y por lo tanto momento de desánimo, de repensar si merece la pena o no seguir al Señor Jesús; qué sentido tiene su fracaso en la cruz, cómo releer ese fracaso, y en realidad, cómo releer cualquier momento de dificultad y de muerte. No sólo existe la muerte física, nuestros problemas, nuestros conflictos, nuestras dificultades en las relaciones, en el trabajo, incluso en la parroquia, en los ambientes en los que nos movemos, en la familia, con los amigos... siempre hay momentos de dificultad, e incluso momentos que nos causan angustia. ¿Cómo vivir, como dar sentido a esos momentos?

No es una “historieta”

Fijaos que no se trata de un “*erase una vez*”, no es un cuento, ni una historieta. No es algo inventado, sino que esto ocurrió. A Mateo le interesa mucho resaltar las acciones que suceden en tiempos reales. No es en cualquier momento, es “habiendo llegado el atardecer”. Llegado el atardecer fue la vida, y vamos a ver por qué.

Fijaos cuantas acciones realiza José de Arimatea (están subrayadas en el texto): se había hecho discípulo; habiéndose acercado; pidió; tomando; lo envolvió; lo colocó; había excavado; habiendo rodado; se fue. Además hay otras dos acciones que llevan a cabo las mujeres: estaban; sentadas.

En el texto predomina la presencia de varones, José de Arimatea y Pilato, y si queremos, el cuerpo de Jesús. Jesús como en un segundo plano. Y en la segunda parte del relato, a partir del versículo 61, las protagonistas son las mujeres. Hay unas acciones, unos tiempos determinados, unos personajes determinados... esto no es un cuento chino, esto es algo que sucede y que interesa a la comunidad, y que nos interesa a nosotros.

Habiendo llegado el atardecer

El primer detalle importante del texto es que es una escena de vida, no es una escena de muerte. La expresión destacada es “habiendo llegado el atardecer”. Si recorremos las veces que aparece en el evangelio de Mateo esta expresión podemos observar que siempre Jesús da vida al atardecer: Jesús cura enfermos al atardecer; Jesús al atardecer realiza la multiplicación de los panes; Jesús al atardecer se dona a sí mismo en la cruz. Así, siempre que atardece y Jesús aparece en el texto, Jesús da vida. Entonces esta escena, para Mateo, es una escena de vida, no es una escena de muerte. Es el primer detalle que llama la atención y que pasa desapercibido porque hay que conocer bien el Evangelio de Mateo.

Jesús que en la última cena se dona a sí mismo, da vida, hasta entregarse a sí mismo. Precisamente en Mateo lo importante de las palabras de la consagración es que va dando vida, en el partir el pan va a partirse a sí mismo, porque “esto es mi cuerpo”, se dona a sí mismo, luego da vida. Es un prelude del drama de la cruz. Pero es muy irónico, porque es en el atardecer, no al amanecer. Es decir que cuando ya parece que tendría que acabarse todo, que no hay nada que hacer, cuando viene la noche con esas connotaciones negativas que tiene el atardecer, es entonces es cuando Jesús da vida.

José de Arimatea, un protagonista de ese momento

Y al llegar el atardecer, vino José de Arimatea, que el texto dice que “se había hecho discípulo”. El final de la escena de Getsemaní – el prendimiento – tiene una última frase terrible: “pero entonces todo ha sucedido para que se cumplan las escrituras de los profetas, entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron”. Y aquí un discípulo, sorprendentemente, no lo ha abandonado ni ha huido. Y un poquito más adelante vemos que hay otras personas, dos mujeres, que también son discípulas, y que tampoco le han abandonado ni han huido. Parece que todo estaba perdido, que el discipulado ha desaparecido, pero no ha sido así. Por lo menos hay 3 discípulos, un hombre y dos mujeres, que continúan con fidelidad a Jesús. Es el atardecer. Y, aunque Jesús ya no está presente, son muy interesantes los textos que hay a partir de aquí: la sepultura de Jesús, la petición que hacen los fariseos a Pilato para que vayan a custodiar el sepulcro porque han anunciado que va a resucitar, no sea que vayan a robar el cuerpo y se extienda la impostura. Además está la escena de las mujeres. Todas ellas son escenas muy interesantes, en las que Jesús no está presente. Estamos acostumbrados a textos en los que Jesús está siempre presente, pero aquí tenemos una particularidad, que Jesús está ausente. Caben muchas para preguntas a hacerse desde estos textos. Jesús está presente y ¿cómo está?

José de Arimatea *vino*, y aquí también tenemos algo interesante, porque en el contexto de la Pasión y muerte de Jesús, todos los personajes que “*vienen*”, lo hacen de forma negativa: vienen para la muerte. En este relato de entierro, un texto muy negativo, sin embargo alguien “*viene*” para la vida. Porque fijaos en la cantidad de acciones, la explosión de acciones gratuitas, llenas de finura y de amor por Jesús que realiza “el que se había hecho discípulo”. Así, este texto funciona como bisagra de lo negativo: todos los personajes más o

menos *venían* a Jesús para la muerte, ahora un personaje *viene* para la vida. Es el atardecer. No todos los discípulos han huido, y cambian el signo de las acciones, empiezan a ser acciones positivas respecto a Jesús.

José de Arimatea varón o persona

Otro detalle sobre José de Arimatea. Si tradujéramos al pie de la letra el evangelio de Lucas habla de “varón” mientras Mateo habla de “persona”. Es curioso comparar todas las veces que aparece “persona” y sus paralelos en Lucas. Se ve cómo hay material común entre los dos, y lo que en Lucas aparece “varón” Mateo pone “persona”. La palabra “varón” hace pensar en “poder”, en “influencia”. Tendería a decir que José de Arimatea es “alguien (importante)”, mientras para Mateo es “un ser humano”. Un elemento que hace cambiar la perspectiva. La persona que pide el cuerpo no lo hace desde el punto de vista del poder y la influencia social, sino como ser humano. El texto apunta a humanización, a lo humano.

José de Arimatea, rico.

Incluso un detalle más: es precisamente un rico el que pide enterrarlo. Y aquí hay una intención muy clara en Mateo, porque en el evangelio de Marcos que tenía delante, decía que José de Arimatea era un Notable del Consejo. Pero Mateo lo cambia por “rico”. ¿No había hablado Jesús muy mal de los ricos? Tenemos como ejemplo el relato del joven rico. Es un tipo que le pregunta qué tiene que hacer para heredar la vida eterna, y Jesús le responde con una serie de acciones: *no matarás, no cometerás adulterio, no robaras, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, amarás a tu prójimo como a ti mismo*. El responde que todo eso lo ha guardado desde niño, ¿qué más le falta? Jesús le dice que si quiere ser perfecto que venda todo lo que tiene y se lo de a los pobres y luego le siga. Es decir, hay una unidad entre la cuestión de la riqueza y el discipulado. Siempre en Mateo cuando habla de la riqueza está indisolublemente unida al discipulado. Al oír estas palabras el joven se marchó triste. Esto es un texto interesante, porque entonces Jesús afirma “*os aseguro que es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja a que un rico entre en el reino de los cielos*”. Es decir, es imposible, y así se lo dice a los discípulos. De este modo ¿quién se podrá salvar? Por eso añade Jesús que es imposible para los hombres, no para Dios. A continuación Pedro dice que ellos lo han dejado todo y le han seguido, ¿qué les va a tocar? Les va a tocar la vida. Está muy unido al discipulado.

Pues precisamente es un rico, uno que no puede entrar en Reino, el que viene a enterrar a Jesús. Eso quiere decir que no hay nadie – sea el que sea – que esté condenado a no poder entrar en el Reino de Dios. Entrar en el Reino de los Cielos no es lo mismo que salvarse: entrar en el Reino es entrar en la dinámica que propone Jesús, la dinámica de vida eterna. Con José de Arimatea tenemos a un rico que se ha hecho discípulo. El mayor interés del joven rico era preguntar a Jesús, y el mayor interés de José de Arimatea no es una pregunta a Jesús, es Jesús mismo. Ha venido a hacerse cargo de Jesús, es una gran diferencia. Y otra diferencia: José de Arimatea se ha hecho discípulo, mientras que el joven rico no quiso, no entró en la dinámica de Jesús.

Es emocionante percibir cómo Dios es capaz de trabajar, y cambiar el corazón de uno que no tenía posibilidad. Esa persona se ha dejado trabajar de corazón por Dios. Hay esperanza para todo el mundo, tenga el impedimento que tenga, incluso un impedimento como ese. Se abre una maravillosa ventana a la esperanza.

No sólo esto. Precisamente quienes están y actúan en esta escena son un rico despreciable que no podía entrar en el Reino y unas mujeres, que no pintaban absolutamente nada en la sociedad. Es decir, los discípulos menos dignos de ser discípulos. Estas personas son las que permanecen junto a él.

Comparando a José de Arimatea con Pilato

Recordamos las acciones de José de Arimatea: vino; se había hecho discípulo; habiéndose acercado; pidió; tomando; envolvió; colocó; había excavado; había rodado. Mientras José realiza tantas acciones, ¿cuántas acciones lleva a cabo Pilato? ¿De cuántas es protagonista? Una: ordenó. Sólo tiene una acción. Es sumamente irónico, porque era la persona que en teoría tenía el poder, la sartén por el mango – porque si Pilato no quiere entregar el cuerpo se acabó todo –, la persona que tenía la autoridad, militar y política, en Jerusalem. Y ¿cuántas acciones realiza ese que se supone que tiene toda la autoridad? Sólo una: ordenar. Y por el contrario este que no pinta nada en la comunidad cristiana, una persona, un ser humano que además era rico, y por tanto despreciable para la comunidad, ese es el que tiene la mayor parte del protagonismo y el poder. No sólo eso, también las dos acciones de las mujeres: Estaban y sentadas. Luego ¿quién tiene la autoridad? Pilato no. La autoridad la tiene las tres figuras discipulares que tienen todo el poder de las acciones, porque todas las acciones de estos discípulos y discípulas son acciones de cuidado, de atención... La autoridad en la comunidad cristiana no viene por cargo, sino que vienen desde la autoridad del amor del que las realiza y del que despliega acciones de cuidado, de atención. Esta es otra de las sorpresas del texto. Si recordáis la unción en Betania llega una mujer que le unge a Jesús, y Jesús le agradece. Además hace referencia a esta escena, porque Jesús menciona “derramar el unguento sobre mi cuerpo...” De algún modo Jesús le agradece el amor que ha puesto en el gesto. Pero la misma o más gratuidad tiene José de Arimatea. José despliega esa maravillosa cantidad de acciones y se va,... y ya nunca más vuelve a aparecer. Por lo tanto José de Arimatea es la figura discipular más gratuita del evangelio. No sólo eso, se convierte en la figura que se presenta como modelo de discípulo. Ha habido muchos discípulos en el evangelio de Mateo, pero han tenido un gran protagonismo. ¿Cuándo hemos visto a Pedro, Santiago o Juan realizando acciones como esta? nunca. Y por otro lado Jesús jamás agradecerá a José de Arimatea, al menos en esta escena, lo que está haciendo por él. Esto llama la atención. Es la gran figura discipular del evangelio. Y pasa sumamente desapercibido.

Cadáver y cuerpo

Hay otro elemento sugerente, el tema del término “cadáver”. En el texto de Marcos nos encontraremos el término “cadáver”, pero Mateo, que recordemos que tiene delante el

evangelio de Marcos, dice que el “cuerpo” de Jesús no es un cadáver, es cuerpo. Eliminar la referencia al cadáver apunta a que no estamos exactamente en un entierro. Es otro de los elementos que apuntan a la vida. No sólo eso, sino que une esta escena a la unción en Betania. En esa unción en Betania se descubre que hay amor, hay esperanza, hay comunidad, hay entrega de una persona a Jesús... de nuevo que apunta a la vida. Quizás a nosotros nos cuesta más descubrir esto, pero es porque ellos estaban mucho más acostumbrados a la oralidad que nosotros. Nosotros vivimos una cultura visual, a nosotros todo nos entra por los ojos, pero ellos todo lo captaban por el oído. Por eso sí que comprenden el sentido del texto.

Acciones gratuitas

En el primer libro de los Reyes¹ vemos lo que hace José de Arimatea:

Estando ellos sentados a la mesa, el Señor habló al profeta anciano que había hecho volver al profeta de Judá, y en voz alta le dijo el anciano: –El Señor ha dicho que por haber tú desobedecido las órdenes que te dio, pues te volviste para comer y beber donde el Señor te ordenó que no lo hicieras, no reposará tu cuerpo en el sepulcro de tus antepasados.

Es decir, un proscrito – y Jesús es un proscrito – no merece la sepultura, no merece la pena. En el libro del Deuteronomio² también podéis encontrar que efectivamente al que cuelga de un madero no se le sepulta. Sin embargo José sí da sepultura a alguien que cuelga del madero. En principio el cuerpo debería quedarse ahí, y de hecho nadie se hacía cargo del cuerpo de Jesús, más el discipulado de José de Arimatea despliega acciones gratuitas y gestos generosos. Para ello Mateo introduce dos elementos de impureza que no están presentes en Marcos. Uno es que el cuerpo de Jesús es un cuerpo muerto y por lo tanto impuro; y otro elemento de impureza es que es un ajusticiado. Ante tanta impureza ¿qué más da envolverlo que no envolverlo? Pues José lo envuelve en una sábana limpia. Implica que aquel con quien está desplegando las acciones no es un cualquiera, es Jesús, es el cuerpo de Jesús. Y en segundo lugar no es un sepulcro común, es un sepulcro nuevo.

El sepulcro

El asunto del sepulcro es también importante, porque el sepulcro muestra ser algo inamovible, porque está excavado en roca, y la roca es dura, firme. Y si el sepulcro está excavado en la roca, parece que la muerte está en el ámbito de lo inamovible. Pero hay un problema con nuestras traducciones. A la entrada se rueda una piedra, pero esa piedra no es roca. El evangelio en griego usa dos palabras. El sepulcro está excavado en una roca, “petra” (de donde procede “Pedro”). Sin embargo la piedra de la entrada es lithos. Lithos, (de donde viene litografía, monolito...) es una piedra quebradiza. Lo que se corre a la entrada del sepulcro no es roca. Viene a decir que Jesús está metido, colocado, en un ámbito que parece incambiable, que es para siempre: roca, y sin embargo hay un elemento que lo hace frágil. Ese ámbito en el que ha sido colocado, de repente aparece quebradizo, porque esa lithos, esa

¹ 1 Re 13, 20-22

² Dt 21, 23 b

piedra, es quebradiza. El ámbito de la muerte no es para siempre. Es que sucede al atardecer. Todo apunta a la vida. El texto ya apunta a la resurrección.

Sepulcro y tumba

Al final del versículo 60 habla de sepulcro. Pero recordemos que las mujeres estaban sentadas. Lo significativo es que pone que estaban sentadas a la entrada de la *tumba*. ¿Por qué Mateo cambio el vocabulario? El término “sepulcro” tiene un carácter positivo. Justo cuando el evangelista habla de la muerte de Jesús dice que las rocas se partieron y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de difuntos resucitaron. Esto solo aparece en Mateo. Para Mateo la muerte de Jesús es real, pero la muerte dura poco porque enseguida que Jesús muere aparece la resurrección, los *sepulcros* se abren, y los *sepulcros* empiezan a ser el lugar que apunta a la vida.

José de Arimatea se relaciona con el *sepulcro*, un término con connotación positiva, apunta ya a la resurrección, porque justo después de la muerte de Jesús se nos habla de esos sepulcros que se abrieron y de muchos cuerpos de santos difuntos que resucitan. El término contrasta con “tumba”. Aparentemente son lo mismo, pero tiene otra connotación. Si José de Arimatea se relaciona con el *sepulcro*, las mujeres están sentadas en la *tumba*. Estar sentadas no es neutro, es un término asociado a la quietud, hay una relación negativa, activamente hablando. La tumba tiene un carácter negativo. Si os fijáis en el texto, podemos descubrir un esquema de personajes en los que se intercalan los términos: primero son las mujeres las que están sentadas al lado de la *tumba*; luego los fariseos van a pedir a Pilato que ponga unos soldados en la *tumba*; al día siguiente las mujeres van a la *tumba*. Y entonces se produce la resurrección, y las mujeres que habían estado en la *tumba* salieron del *sepulcro*. Este cambio de términos es interesante. Porque si el lugar no ha cambiado, sigue siendo el mismo lugar donde estaba colocado el cuerpo de Jesús, hay un elemento que cambia.

Esto es algo importante y con consecuencias para nuestras vidas, nuestras comunidades,... Hay ámbitos de muerte, ámbitos de pobreza, ámbitos de imposibilidad, que damos por perdidos, donde solo reina lo negativo, la muerte. Y todos ellos pueden ser transformados en ámbitos de vida. Para la comunidad de Mateo lo que cambia en ese lugar – en ese mismo lugar – es la referencia a que Jesús ha sido resucitado, Jesús está vivo.

La fidelidad de las mujeres

Tienen que marchar a Galilea, porque la promesa la verán en Galilea. Muestra la posibilidad de que todos nuestros ámbitos y lugares vividos como lugares de muerte pueden ser vividos con esperanza. De algún modo José de Arimatea vive ese lugar como lugar de vida mientras que las mujeres viven de forma negativa, de forma problemática, la muerte de Jesús, es algo normal y lógico. Pero hay algo sorprendente. Resulta que a esas mujeres que vivían tan mal la muerte de Jesús, que vivían la *tumba*, no el *sepulcro*, es a ellas a las que les saldrá el paso el Resucitado. No fue a José de Arimatea. Que estas mujeres estén haciendo duelo no quiere decir nada. El que vive bien la muerte de Jesús es José de Arimatea, pero no

aparece en los relatos de aparición, no se encuentra con el Resucitado. Y curiosamente las que lo vivieron tan mal, las que lo vivieron como lugar de muerte, a ellas sí les sale al paso. Lo determinante y lo heroico no es vivir la muerte ni bien ni mal, sino que lo determinante es la fidelidad, es estar, como dice el texto: “estar sentadas”. Estar sentadas es una acción que tiene una carga importante como “fidelidad”. Ellas estaban allí porque Jesús no era un cualquiera, no es una persona cualquiera el que está al otro lado de la piedra. Ellas le han seguido, antes de la sepultura muchas mujeres le habían seguido y/o servido desde Galilea. Ellas eran discípulas, auténticas discípulas, que tienen un vínculo de amor, de cariño, de fidelidad a Jesús. Y no hacen nada más. Pero están.

Es más, la Resurrección no sabemos cuándo empieza. José de Arimatea de repente desaparece y allí estaba la Magdalena sentada. Es como en las películas, en las que hay una escena donde solo vemos un personaje, y al girar la cámara y vemos que había más personas. Lo que pasa es que hay que tener cierta sensibilidad para darse cuenta.

Algunas conclusiones

Finalmente ¿qué conclusiones podemos sacar para nuestra vida, para nuestra comunidad parroquial, para nuestro momento diocesano, para nuestro momento eclesial?

Creo que todos percibimos que todo se va hundiendo poco a poco. Que si hay algo que se puede aplicar ahora a este momento eclesial, por lo menos en Europa y más en concreto en nuestra diócesis de Vitoria, es “el atardecer”. Las comunidades cristianas están envejecidas, cada vez somos menos, hay pocas vocaciones y muchas deserciones, hay mucha desafección. Así ¿quién se hace discípulo de Jesús? Nuestra edad es cada vez mayor. Es “el atardecer”. Es lógico que ante esta situación de desánimo uno se pregunte ¿pero donde está Jesús? ¿No nos había prometido estar en medio de nosotros? Pues parece que brilla por su ausencia, porque parece que ya no hay ánimo, no hay líderes, no hay fuerza para tirar hacia adelante, no hay ganas... es el atardecer. Pero lo interesante de este texto es que el atardecer, justo al atardecer, hay posibilidad de resurrección. Es cuando apunta a la vida. Uno que no podía entrar en el reino, justamente ese es el que tenemos como discípulo, y las discípulas que menos esperaríamos. Gente más bien anónima, pero que da testimonio.

Por otro lado el evangelio de Mateo propone un modelo de discipulado. Aunque José de Arimatea es modelo de discípulo, no es el último estadio del discipulado. Se podría decir que hay pasos en el discipulado: José de Arimatea se ha hecho discípulo, no lo han hecho los demás, se ha hecho él. Pero el último paso es el envío final de Jesús. Les ha enseñado a guardar todo lo que les he mandado, pero les insta a hacer discípulos. Por lo tanto el último paso no es quedarse en ser discípulo sino en hacer discípulos.

Todo eso porque aunque en el texto Jesús está muerto, también está presente. Mateo nos viene a decir que Jesús no está presente en medio de ese atardecer, pero está presente. Primero está presente porque no es un cadáver, no seguimos a un cadáver. Incluso se ha dicho que la expresión que pone que José de Arimatea toma el cuerpo, parece hacer alusión a

la eucaristía. Se ha dicho que aquí hay una posible referencia la eucaristía, aunque parece que es forzar demasiado el texto, pero puede resultar evocador desde cierto punto de vista.

Respecto a nuestra vida de discípulos cabría preguntarnos si está presente Jesús, si está presente en esta parroquia, si está presente en mi vida, y cómo está presente. Es decir, hay algo que para Mateo es importante, que es lo físico. No está presente en abstracto, es un cuerpo, hay una presencia distinta, real, de Jesús. Aunque es el atardecer, aunque nadie lo diría, no es un cadáver. Por otro lado ¿acaso no está presente en las acciones de estos tres discípulos? Son acciones gratuitas, acciones de amor. Está presente de algún modo en ellas, y no como nosotros en ocasiones pensaríamos: es predicando, y bla bla bla. Está presente haciendo. De un modo muy escondido, muy desapercibido, con muy poco lustre, con muy poco relumbre. A estos discípulos lo que hacían no les va a dar la fama ni nadie les va a dar las gracias, pero es el modo de hacer presente a Jesús cuando éste no está. Y es responsabilidad de los discípulos.

La muerte es real pero es frágil. El ámbito en el que está confinado el cuerpo de Jesús está tapado por una piedra frágil. No es fuerte. Así, a través de la escucha del mensaje de la resurrección, solo tengo que abrir un poco los ojos, es el atardecer. Pero se me propone volver a Galilea. Y ¿dónde está galilea? Cada uno tiene que volver a Galilea, a los comienzos, a la esperanza. El atardecer lleva al comienzo, al inicio, a la vida.